

Wimpi



**VENTANA
A LA CALLE**

Civilización y barbarie

Es notable observar que cada descubrimiento que el tipo realiza, mangüer la provisional utilidad que, domésticamente, pueda prestarle sólo sirve - fundamentalmente- para que el tipo advierta que ignora muchas cosas de las que creía que ignoraba antes de producirse el descubrimiento en cuestión. Por eso es que los filósofos se niegan unos a otros desde Heráclito hasta Henry Wallace...Y por eso, asimismo, que el tipo no consigue disponer del medio que le permita llegar a saber lo que quiere.

Preocupado por el constante restallar de un mundo que, a pesar de todo, le sigue siendo ajeno, no acierta a envainarse en sí mismo para lograr una información adecuada. El tipo por ejemplo, estima al dinero como el instrumento destinado a procurar comodidades. Pero, después, para no gastarlo, va a pie. Come mal. Fuma tabaco ordinario. Se viste con zarazas. Y el dinero entonces, no le sirve de nada. No se explica, pues el amarretismo. Otras veces, empero, el tipo da una propina escandalosa, se compra un sombrero ministerial, fuma habanos.

Pero como no da propina para sustituir la injusticia siquiera con la filantropía, sino par que el mozo lo crea un potentado, como no se pone el sombrero porque le resulte más cómodo -más cómoda es la boina- ni el que mejor le sienta, sino para aparentar una gallardía de la que, sin un sombrero así, el tipo no dispone; como no fuma el habano porque le guste, sino porque "viste", tampoco se explica, adecuadamente, la prodigalidad. Ocurre como lo sugeríamos antes -claro está que sin ser uno nadie, pero no hasta el punto de inadvertir este deambular sin sentido de lo que, siéndolo, no lo parecen tampoco- ocurre que el tipo jamás se envaina en sí mismo para informarse sobre sí mismo. Y proceder, luego como corresponda, a su colonización y conquista interior.

El tipo, por ejemplo, hace animalitos o bolitas de miga durante la conversación de sobre mesa. Cuando esta preocupado, va por la calle jugando consigo mismo a "no pisar la raya" o pegando con la mano cerrada contra la pared, tocando con el anillo las columnas de hierro haciéndolas sonar, o pisando las tapas del agua corriente...

Cuando habla por teléfono, dibuja en un papel, en la pared, en el soporte. Y él no sabe por qué hace eso. No sabe por qué hace nada. De lo que hace, bah. Pero, eso, tampoco.

Dice, de pronto:

-Estaba distraído...

La distracción es un síntoma importantísimo del desconocimiento que, respecto a sí mismo, el tipo padece.

Porque no se puede decir que cuando el tipo está distraído su pensamiento ha cesado, toda vez que la actividad del pensamiento ni da saltos ni cesa. Puede decirse que el pensamiento está en otro sitio que aquel en que el tipo está realizando, distraídamente, una cosa.

Recién el día en que el tipo sepa dónde está el pensamiento cuando no está en lo que él hace, podrá llegar a justificar este begüen que lo ha vengo poseyendo de llamarse Rey de una Creación donde "sienten" las plantas sin que él lo sepa, donde "hablan" las estrellas sin que él las oiga, donde rutila una gracia divina en cada piedra...sin que él la vea....

El cuento de los anteojos

Todas las cosas de este mundo suelen aparecer de una manera y ser, en el fondo, de otra. En el cine, parece que las imágenes se mueven y, sin embargo apenas ocurre que el tipo sigue viendo lo que ya pasó, mientras está pasando otra cosa... A veces, eso ocurre fuera del cine también.

Pero lo importante es que si no existiera esa llamada "persistencia de la imagen en la retina", vale decir, si el tipo tuviera la vista bien.., el invento del cinematógrafo habría sido imposible. También el popular "titilar" de las estrellas -que debiera decirse "escintilar"- responde a un defecto de la vista del tipo.

Si el tipo viera bien, el mundo sería de otra manera. O si se diera cuenta de que ve mal. El tipo suple; a veces, la siempre secreta ineptitud de sus órganos, con la Lógica. Y empeora las cosas.

Recordamos el caso del señor que no encontraba los anteojos. Y admitió, en seguida, dos posibilidades.

-O me los han robado, o los he perdido. Acto continuo, se puso a razonar.
-Pero como mis anteojos carecían de un valor que pudiese haberle hecho concebir al ladrón la esperanza de venderlos, tengo que llegar a la conclusión de que el que me robó los anteojos me los robó para usarlos él. Sin embargo, quien necesite unos anteojos como los míos, sin anteojos no ve. Yo no veo sin anteojos. De manera que, ¿cómo pudo, entonces, ver mis anteojos para robármelos?

Descartó la hipótesis del robo.

-Debo suponer, entonces, que los he perdido. Pero yo únicamente puedo decir que he perdido mis anteojos, después de comprobar que no están en el sitio o los sitios donde suelo guardarlos. Pero para yo "ver" que mis anteojos no están tengo que tener mis anteojos puestos, por cuanto, sin anteojos, no veo. ¡Y pensar que a veces el tipo es pesimista! No comprende que si las cosas no se arreglaran -siempre y solas- el mundo ya habría terminado hace... No: el mundo no hubiese podido existir.

El escrupuloso, un fugitivo

No se trata de ponderar al tipo que en vez de la servilleta usa la manga, ni, mucho menos espectacular, desde luego, que se lustra los zapatos con la colcha, pero, tampoco resulta ponderable en grado alguno el llamado escrupuloso delirante.

Cuando el finado Platón y el no menos finado Aristóteles esbozaron una como teoría de acción, sólo formalizada dos mil trescientos años después en la Gestalt de Kohler y Koffka, surgió, evidente, la desventaja de la llamada escrupulosidad. El tipo que se detiene en los detalles sin importancia, deja de hacer lo que en realidad importa labrar la integración de su actualidad y, por esa vía; para el auspicio de su destino.

Si Aristóteles ya en aquella época, censuraba por dilapidadores del tiempo a quienes ponían los puntos sobre las íes ¡con qué fuerza y pasión censuraría ahora, en que, inventada la máquina de escribir, las íes ya viene con el acento puesto! El escrupuloso clásico es el hombre del "déjemelo pensar", "tengo que ordenar mis ideas", "véame la semana que viene".

Mira y López, en sus "Cuatro gigantes del alma" considera a escrupulosidad como un camoufflage del miedo. Entre los disfraces del miedo están las timidez de quien no se atreve a actuar, el pesimismo de quien no se atreve a creer, el escepticismo de quien explica su actitud diciendo que "está de vuelta de todo" sin darse cuenta que nunca fue a ninguna parte.

Y el escrupuloso. El escrupuloso tampoco resuelve el problema: le huye. En su mundo interno, el escrupuloso (el tipo de "a ver un momentito", "lo voy a pensar y vuelvo mañana") vive un extraño contubernio de miedo. Y de ira. Una extraña mezcla de cobardía y resentimiento.

El escrupuloso se detiene en el umbral del acto, con lo cual irrita a quienes esperaban una continuidad de su comportamiento. Se conforma a sí mismo, pues, evitando los riesgos que el acto implicaba y, al mismo tiempo se venga de los demás defraudándolos en su expectativa. Cobardía y resentimiento.

El escrupuloso aparenta un anhelo de perfección y sin embargo es el tipo menos perfectible, porque su estacionamiento en el pormenor lo paraliza. Se cuida tanto de lo pequeño, que deja a un lado lo fundamental. Esquiva la moto y lo agarra el camión. A cualquiera le parece que el tipo termina en lo que se le ve y, sin embargo. ¡Hasta que distancia loca sigue hacia adentro!

El termómetro y el transporte

Las cosas dispares suelen tener a veces una estrecha, una íntima relación. Por ejemplo, ¿a quién se le habría ocurrido pensar que el termómetro tuviera algo que ver con el transporte? ¿Qué fuera a darle una mano, a sacarlo del pantano?

Uno no es nadie, pero, claro, tiene que viajar. Y mira, observa, y sin quererlo, se da cuenta. Se da cuenta de que el frío -que se mide con el termómetro- saca del pantano a la gente que tiene que andar de un lado a otro en la ciudad en busca del peso.

Porque estas mañanas de baja temperatura de tornillo, como se dice académicamente, han servido para demostrar que el problema del transporte debería ser, en realidad, menos grave de lo que es por obra de ciertos hábitos que la gente no se resigna a abandonar.

Porque cuando el tipo tiene que salir a la calle impulsado por la necesidad, para volver al cabo de algunas horas con los pesos que han de parar la olla, no le hace asco al frío, ni a la lluvia, ni al calor ni a lo que venga. Porque la obligación de llenar las bocas de los suyos y la propia está por arriba de cualquier fenómeno meteorológico. Y el tipo deja entonces el dulce -y cálido lecho con menos de un grado de temperatura- se viste como puede -las manos se le agarrotan- se lava a regañadientes -porque el agua quema de helada- y se lanza a la conquista suprema del mango.

Y entonces, ya en la rúa, advierte que los tranvías van semivacíos, que los colectivos caminan despacio a la pesca de pasajeros, y los ómnibus clarean en el interior, porque la masa es la mitad de otras mañanas. Y advierte, también que las esquinas están desiertas, que ya no hay pequeñas manifestaciones a la espera de vehículos.

Pero ¡Santo Dios! ¿Y todos esos que los demás días trepan hasta el techo? Y esos que atropellan a las mujeres, con tal de subir primero que nadie? Y esos que se atrancan en el pasillo y no dejan pasar a los que descienden?
¡Ah!

Esos se quedaron en la cama. Hace mucho frío... ¿Para qué levantarse? ¿Qué apuro hay? Ahora que, claro, cuando el solcito calienta, es lindo madrugar, andar por la ciudad, verlo todo y, si es posible, sentarse junto a la ventanilla para balconear con los otros, los que aguardan, luchan como en el catch para trepar al tranvía, al ómnibus, al colectivo, para poder llegar a hora al trabajo. Y eso divierte...

Pero llegó el frío felizmente. El santo frío. Cómo, otras mañanas, llega la lluvia. Y aunque la Corporación se muera de rabia, se puede viajar. Se puede llegar temprano a la oficina y al taller. No hay que dar explicaciones, entonces. Que llegué tarde porque no se puede tomar nada, señor...

Y el tipo goza, entonces. Cuando le dicen por radio o lee el diario de que la temperatura anduvo cuerpeándole a la rayita del bajo cero, ensaya una sonrisa, saca un cigarrillo, lo paladea, estira las piernas y, por primera vez en mucho tiempo, siente el placer. Porque evoca esa mañana, ese asiento que eligió a gusto, que bajó sin pedir permiso a nadie, sin perder un sólo botón, los zapatos bien lustrados y el sombrero indemne.

Entonces se le ocurre pensar en la revolución del tiempo. Para qué existirá la primavera, el otoño, el verano? O, mejor, por qué no será posible vivir en la Antártida? Y es cuando, desesperadamente, envidia a los esquimales.

PLAGIOS

Hace mil millones de años, en este mundo entonces flamante, un organismo primitivísimo empezó a alargarse y a especializar diversas funciones que fueron el primer proyecto de aparato digestivo que hubo en la Naturaleza. Lo inauguró el gusano. Este trabajo coordinado, de instrumentos puestos en serie –los dientes, las glándulas salivares, gástricas, duodenales, hepáticas, pancreáticas– fue el primer trabajo en cadena. Quiere decir que no le corresponde la invención del trabajo en cadena a Henry Ford, sino a un gusano que vivió hace mil millones de años. ¡Es un plagio vivo!

Uno ha conversado en cierta oportunidad, largamente con Georgino Marañón y le oyó exponer, a lo largo de una conversación encantadora –de sabio y poeta –sus estudios sobre el porcentaje que hay de mujer en el hombre y el porcentaje que hay de hombre en la mujer.

Pero, mientras el sabio hablaba, uno –claro está que sin ser nadie como más de cuatro –pensaba que todo eso que él estaba diciendo, ya lo había dicho Vaininger, y que Vaininger lo había sacado de Schopenhauer y que Schopenhauer le había llegado..., “resonando en Platón”. Uno piensa, de pronto, en Garcilaso. ¿Se acuerdan? El gran Garcilaso...”De aqueste vivo el fuego en que me apuro y consumirme poco a poco espero...” ¡Le copió a Dios y a todo el mundo! A Virgilio, a Horacio, a Ausias March, a Petrarca, a Sannazar, al Tasso, a Bembo. ¡Garcilazo de la Vega!

¿Y quién puede negar que Milton no se inspiró un poco demasiado para su “Paraíso perdido” en el “Lucifer” del holandés Vondel? ¿Y quién puede negar el parecido impresionante entre Fraile Timoteo de “La Mandrágora” de Maquiavelo y el Tartufo de Moliere? Claro que muchos se confesaban. Publio Virgilio Marón le copiaba los versos a Ennio y decía que sacaba perlas de un lodazal, porque le copiaba los mejores. Pero con las perlas se quedaba él.

Por su parte Moliere manifestó aquello, famoso: “Je prendre mon bien au je le trouve”. Yo tomo lo bueno, donde lo encuentro. ¿Y Shakespeare? Shakespeare sacó su Hamlet de Amblodi de la leyenda escandinava, tratada, antes por Saxo Gramático y por el francés Belleforets. Sacó su “Mercader de Venecia” de la Hitopadesa, una colección de cuentos hindúes. Sacó “La Tempestad” de “La Comedia de la bella Sidea” del alemán Jacobo Ayrer. Sacó Otelo del siciliano Giraldi Cinthio. Y con Romeo y Julieta ya el plagio se transforma en pavoroso.

En efecto: el primero en escribir la historia del trágico romance fue Masuccio, en Masuccio se inspiró Luigi da Porto, en Luigi da Porto se inspiró Mateo Bandello y de Mateo Bandello sacó Shakespeare su drama. Pero muchísimos años antes de que se amaran en Verona el Montesco con la Capuletita, Bavhabuti, un poeta hindú, compuso una comedia titulada “Malatimadhava” inspirada en el hecho real de Malava y Malati, dos amantes a los que pasaron las mismas cosas que a Julieta y Romeo. ¿Quiere decir que no sólo Luigi da Porto, no sólo Mateo Bandello, no sólo Shakespeare copiaron? Copiaron Romeo y Julieta también. Y ahora lo del huevo de Colón.

El que inventó el asunto de que el huevo lo paró Colón, fue un tal Girolamo Benzoni, que en el año 1565 publicó un libro titulado “Historia del Mundo Nuevo” en el que dice: -“Signor Cristóforo Colombo dando una batuta su la tábola, fermo l’uovo striciando un poco de la punta”. Golpeó el huevo en la mesa el almirante, le rompió un poco la punta y lo paró. Se dice que eso ocurrió en el banquete que le dio a Colón el Cardenal Mendoza. Extrañaba un poco que en la mesa de un señor de esa alcurnia, y teniendo en cuenta los usos de la época en cuanto a comidas, hubiese huevos con cáscara. ¿No es cierto? Y extrañaba, aún, que Cristóforo Colombo pidiera que le trajeran un huevo para hacer el experimento. Ahora se sabe que el que paró el huevo no fue Colón. Fue Filippo Brunelleschi.

Hay en Florencia una iglesia cuya construcción duró 400 años. Santa María del Fiore. Y la cúpula de iglesia maravillosa de veras, fue construida por el citado artista florentino: Filippo Brunelleschi. Las dificultades que se oponían a la obra que se propusiera Filippo, habían determinado el pesimismo de sus colegas. Opinaban que aquello no podía llevarse a cabo. Se ingenió, empero, el artista y realizó, con toda fortuna, su trabajo. Entonces los otros dijeron que “así” como él lo había realizado –empleando medios que a los otros no se les habían ocurrido- lo realizaba cualquiera.

Y entonces fue cuando Brunelleschi mandó pedir un huevo, lo rompió y lo paró: También es fácil parar un huevo...cuando se sabe como. Pero muchos eruditos, entre ellos Váleri, que tanto estudió a los artistas italianos, sostiene, en un capítulo de veinte páginas, que Brunelleschi paró el huevo en la parte más ancha. Así se escribe la historia. La frase es de Voltaire. El 24 de setiembre de 1766, en efecto, Voltaire le escribía a Madame Du Deffand diciéndole: -“Así se escribe la historia. Y vaya usted a hacerles caso luego a los hombres famosos”. Pero una vez que Madame du Chatelet, paseando por el Parque de Cirey, le pidió a Voltaire que le improvisara, allí mismo, unos versos sobre el cielo estrellado que les cubría... ¡Voltaire le “improvisó” unos versos que eran de Ronsard! ¡Cómo no van a ser iguales todos los boleros!

Wimpi

Ventana a la Calle, Freeland, Bs As, 1975.

Tipo y polilla

Los seres de la Creación han venido demostrando que son capaces de resignarse a cualquier cosa menos a la dieta. El caballo se resigna a la jardinera, el perro a la cadena, la mosca al flit, el ratón al gato, el tipo a su semejante. Pero a lo único que no se ha resignado nadie todavía, es a la dieta. El tipo ha tratado, empero, y por todos los medios, que las restantes especies de la escala zoológica se mueran de hambre.

Utiliza espirales humeantes contra los mosquitos, algodones atados en torno al tronco del rosal contra las hormigas, fiambreras contra las moscas. Además inventó la escopeta, la creolina y el mercado negro... Superándose en esa suerte de inventiva dramática, el tipo trató de exterminar la polilla, reacia como él mismo a la dieta, con un procedimiento al que llamó "alkylation".

En efecto: el doctor Milton Harris, de la Textile Foundation del National Bureau of Standards (U.S.A.) ideó ese procedimiento -"alkylation"- destinado a la protección de los tejidos de lana y similar, en algunos de sus aspectos y rendimientos, al de la vulcanización del caucho. El proceso reemplaza débiles conexiones, entre las moléculas de la lana, por recias ligaduras.

Y, entonces, la polilla que se come eso se agarra la peritonitis y muere. Es como cuando se apelmaza el budín o se pasma la torta pascualina. Es, asimismo, y en otro sentido, la última obtención del hombre en su lucha contra la polilla.

Luego de "alkylatar" muchos metros de tejido y, aún, prendas de diversa calidad y formas varias, el doctor Harris y sus colaboradores observaron un suceso realmente extraordinario; las polillas, aleccionadas por la trágica muerte de sus "pioneers", se habían hecho su composición de lugar y, la hora en la que el doctor Harris fue a comprobar los resultados de su descubrimiento, era, también la hora en la que las polillas sobrevivientes se habían puesto a devorar..., los bordes de los tejidos "alkylotados".

Y advirtió el sabio polillófobo, que las que así comían de la orilla, quedaban además de bien nutridas, en perfecto estado de salud. Sin que nadie le haya dicho nada, pues, la polilla hizo con la ropa lo mismo que el tipo hace con la fainá. Y con todo. Que es, por otra parte, la única manera de salvarse.

Aspectos sorprendentes del amor propio

El espectáculo del llamado "amor propio" confirma, acabadamente, aquella vieja especie de que "hay amores que matan".

Porque cuando uno quiere una cosa, la quiere, la limpia, la pule, la lustra, la poda.

En cambio cuando el tipo se quiere a sí mismo, hasta el punto de configurar el caso de una "persona de amor propio", se deja silvestre nomás.

La "persona de amor propio" ni se piensa, ni se analiza, ni se explora, ni se sabe.

Y la fe que se tiene es una especie típica de superstición...

Cree, en efecto, en ella misma, como cree en cualesquiera agorerías: la del trébol de cuatro hojas, la del cura de frente, la de los tres primeros marineros hallados al paso, la del gato negro, la del carro de pasto. Y el tipo vive feliz así.

Debe ser el único caso en el mundo de un espectáculo feliz que causa una impresión desgraciada en aquellos que aspiran a ser felices como hay que serlo para cumplir con Dios en el cielo y con los vecinos en la tierra.

El tipo de amor propio habla siempre en primera persona:

-Porque en ese momento YO ... Cuando YO estaba ... Al YO salir ...

Y cuando tiene que referirse a él y otro, indefectiblemente, ingenuamente, comienza:

-Ibamos yo y fulano...

De la misma manera que Juan Ramón tituló a su libro "Platero y yo", siendo Platero, como se sabe, su asno. Claro que Platero era un burrito de cristal que entendía las noches con estrellas y se admiraba de las mariposas azules.

El tipo de amor propio diríase que vive de espaldas al mundo, vuelto sobre sí mismo, pegado contra sí mismo como un mejillón.

Pero hay un aspecto sorprendente en esto del amor propio: cuando se trata de aparatos de radio, el del tipo "agarra" de cualquier parte sin antena; cuando se trata de beber, el tipo aguanta un kilo de whisky sin que se note; cuando se trata de mujeres, el tipo no da abasto...

Ocurre, sin embargo -y este era el aspecto sorprendente- que cuando se trata de enfermedades, nunca, nadie, estuvo tan grave como el tipo.

Cuando alguno le da la noticia de que le sacaron el apéndice, él recuerda su caso:

-¡No me hable de apéndice, mire!

-Fue un momentito, ¿eh? Al día siguiente ya estaba sentado en la cama.

El tipo sonrío con inusitada suficiencia.

-¡Sentado en la cama! A mí, cuando me operaron... ¡dos de reloj en la mesa!

Una carnicería. Los médicos ya creían que... Parece que lo tenía pegado y entonces ellos, seguro... Pero fue algo, mire... ¡algo!

El tipo entrecruza las manos como si fuera a rezar o como si estuviera pidiendo otros quince días de plazo.

Lo mismo acontece con las llamadas "puntadas".

-¿Qué le pasa que se toca seguido ahí?

-Una puntada.

-¡A mí, cuando me agarran... ¡ es pa-vo-ro-so! Acá... ¿ves? ... cuando me agarran, me agarran acá. ¡Qué sé yo cuántos médicos me...! Que los rayos, que análisis, el metabolismo...

No saben lo que es. Pero me dijeron que había sólo dos casos como el mío.

El tipo propala la versión con cierto espeso énfasis de teatro italiano.

Y repite, circunscribiendo, para jerarquizarla, la importancia de su vicisitud:

-Dos casos, nomás. Uno creo que en Suiza y el otro en Norteamérica.

El del tipo, en el país, es el único.

La "persona de amor propio", pues, no sólo aspira a ser primera en el amor, en el talento, en la lucha romana, en el beber, en el conseguir arroz sino que, también, en la peritonitis y en las dobles fracturas.

-¡El codo! ¿Se da cuenta? ¡El codo, nada menos! Creían que iba a quedar con el brazo inútil. Todo el peso del cuerpo. El que me puso el yeso me lo dijo:

-Como su caso, hubo otro nomás. Pero hace años y no acá...